

Pequeño triunfo de un miserable

El tardío amanecer de agosto, con el sol creciendo opuesto a El Palomar, ofrecía breves pausas de calor. A excepción de la estación, aquel domingo Haedo era una ciudad más del interior; señoras paseando perritos de a upa, campanas llamando por vez última al purgatorio semanal de culpas, suegras saliendo de la fábrica de pastas con cuatro cajas de ravioles, hombres de pequeños negocios y exageradas ínfulas tomando café en la Confitería Damonte.

Por la angosta calzada norte, paralela a Rivadavia, no se contabilizó coche alguno en el tiempo que demora el “rápido” previo al Sarmiento. De la profundidad de algunos chalecitos prolijos, un humo azul dibujaba la bruma imaginaria de helados amaneceres. Por detrás de los inmensos talleres, casitas humildes ganadas a las leyes, custodiadas por cimarrones y los pibes que improvisan el picadito en la calle, desprendían humaredas similares, grotescas y catalizadas con tablitas de los pallets. Hacia la capital, por detrás de la calesita donde los niños más afortunados compiten por otra vuelta de gracia, lonas y toldos improvisaban moradas que las mismas leyes derrotarían.

Del lado sur, a contra mano de Remedios de Escalada, el carro con ruedas forzadas de un Citroen 3 CV, a rebenque limpio, silvidos y ladridos a los cuzcos en escolta inapelable, desprendía chispas de los vasos pelados del mancarrón fatigado que patinaba sobre los adoquines. Desde el pescante de andamio, el rubiecito potenciado por tanta pasta seca y su compadre darán un salto para recoger fugaz y ordenadamente las pilas de cartones de La Farola. Y el rubiecito, roñoso por su trabajo, que a la vecina de Esmeralda atemoriza porque anda en sulky, y por los cartones, no duerme bien, no puede, solo por momentos, por los girosos que salen del Auditorio a corear los bises vacíos y cuadrados de esa banda de mierda que no se sabe de dónde salió. ¿Y por qué carajos no

se callarán esos hijos de puta? Voltea hacia la pared y rodea su cabeza con la almohada que encontró yirando con el carro.

En La Vuelta asoma la locomotora del tren que viene de San Justo. Cuatro vagones, ¿será posible? Cuatro. No pasa nunca, una vez por año. Y el bondi que va para Morón a las puteadas, ¿será posible? De yapa, cuando bajan todos, deja los vagones, vuelve hasta el cruce con Emilio Castro, cambia de vías y regresa a la estación. Acopla los cuatro vagones y parte. ¿Será posible? Y el cascarriento del 242, que hace 20 minutos que tiene el carnét profesional, se le cruza y lo primerea.

Esquivando en zig zag las barreras del Sarmiento, a bocinazos y agitando un enorme trapo azul y oro con la estampa del pueblo del carnaval, cruza un golcito gris con unos cuantos muchachitos más que los cinco que puede acomodar. Continúan por Fasola, si llegan a la Gaona están casi en el acceso, empalman con la autopista que atraviesa la capital y de ahí, barrios mediante, a la cancha para ver el clásico. Y otra vez el equipo del cobarde que se llevó a uno en la copa, porque el pata e' lana se lo ordenó, les amarga la vuelta al oeste. ¿Será posible?

Y por fortuna no tomaron por Caseros, pues los jipys del caserón salían de arrebató a las calles, con la murga y los murgueros que revoleaban la pata y practican las piruetas que apenas coordinan. Y una vez que te coparon las calles, fuiste, si son cinco esquinas, te arman en un segundo los tablonés con las baratijas y las conservas que vaya a saber uno cuánto tiempo hace que las tienen. Los vecinos no se impacientan, se asoman o se arriman un tiempito, dejan escapar sus muecas con el circo ese que se arma, firman la papeleta por la expropiación y se sienten complacidos, en sus conciencias reprimen el voto al patroncito de estancia y de paso, si los loquitos estos no alborotan demasiado, evitan que se llene de indigentes. Y cada vez son más y andan tironeando de un colchón para dormirse en cualquier hueco, firmale el petitorio, no vaya a ser peor la cosa. Y qué linda la torre y qué altruista el doctor que la

mandó edificar, hasta un monolito en la calle le erigieron.

Desde el andén a espaldas de las oficinas que antaño fuesen boleterías de un nutrido servicio de transporte, los pocos pasajeros que esperaban llegar a Palermo y darse una vuelta por Plaza Italia, descartando al 166 que va por el metrobus sin escalas, dejaron quebrantar la calma monotonía de la escena. La mujer policía, de anchas caderas y penoso estado atlético, con su lengua afuera luego de caer de rodillas en la vereda opuesta a la tradicional heladería Las Flores, lamentaba su fracaso al grito de “no puedo, no puedo”. En absurdo auxilio, el refuerzo del agente motorizado, de torpes maniobras, fué eludido por un simple cruce a través de los vehículos estacionados. Los gendarmes de la estación, risueños en principio, molestos luego por los comentarios de las gentes, permanecieron estériles, sin otro reflejo que apartarse del bochorno. La joven fugitiva, cuya obesidad molestaba a los espectadores en menor medida que su ductilidad, con todo y ese aguayo inmundado que en el altiplano le llaman guagua para cargar a los críos y que aquí usan para las papas y las cebollas, avanzaba hacia el cruce peatonal -una vez allí eliminaba al agente en moto-. Acodado a la entrada del estacionamiento, un cuarentón canoso y enjuto espera, observa sigiloso, termina el cigarrillo y lo lanza con la habilidad que de purrete le ganaba las bolitas japonesas a sus hermanos. El dedo anular se destraba del nudillo inferior del pulgar derecho empujando como un resorte el filtro humeante. Llegó su turno. Expira el residuo del tabaco, carga sus pulmones de aire y dá un salto, otro y otro. Con otros dos la alcanza, estira un poco más sus flacas piernas y de un último salto antepone la derecha. Cae con su boca al piso. La sujeta, en unos segundos llega el agente en moto, la mujer policía recobra energías y guarda su lengua, unos cuantos pasos para ejercer su función del orden.

Vuelve al estacionamiento, pasa frente al andén, le hace un comentario a los vecinos del balcón. Mira a los gendarmes, cierra el puño derecho con los uñas amarillas, lo levanta, su antebrazo tenso expone aún más

sus venas inflamadas y grita con orgullo: “uno menos”.